

## Los dos embargos

Por

**Jorge A. Sanguinety**

En estos días hemos vuelto a la vieja controversia de si debe levantarse o no el embargo de Estados Unidos a Cuba. Lamentablemente, los términos en que la controversia se lleva a cabo hoy son los mismos de hace no sé cuántos años. La discusión, si es que se le puede llamar discusión, sigue estancada en dos posiciones extremas: levantar o no levantar el embargo, como el dilema de Hamlet. Ninguna de las partes que defienden cada propuesta ofrece nuevas ideas o nuevos métodos de salir hacia adelante. Es el clásico diálogo de sordos que caracteriza a los intercambios entre cubanos, cuando se atrincheran en posiciones opuestas y así renuncian a la fertilización cruzada de ideas que pudiera ayudarnos a encontrar soluciones a los gravísimos problemas que afectan a Cuba.

Los dos polos de la controversia basan sus argumentos en medias verdades por no comprender las formas en que opera la economía cubana y porque se encasquillan en un discurso estático, en lugar de ver el problema en un marco dinámico, o sea, en el contexto de lo que puede ocurrir en el largo plazo. Pero independientemente de las posiciones encontradas de las partes, es extraordinario que las mismas coincidan en cometer un mismo error fundamental: ignorar que la economía cubana, de hecho, está sometida a dos embargos y no a uno sólo. El primer embargo es el que se conoce por ese nombre pero que los que gobiernan Cuba denominan bloqueo para mayor impacto propagandístico. El otro embargo, el que no tiene nombre, el que por años yo he venido llamando el embargo interno, es el que el gobierno cubano tiene impuesto sobre los cubanos. ¿En qué consiste ese embargo interno?

Consiste en el enorme conjunto de restricciones que el gobierno cubano, más bien Fidel Castro personalmente, impone a los cubanos y que minimiza sus posibilidades de alcanzar un nivel de vida decoroso. La lista de restricciones es muy larga, pero las más importantes son: la falta de libertad de las empresas de producir lo que los cubanos desean consumir, la imposibilidad de fundar y desarrollar empresas pequeñas de producción y comercio, la inamovilidad laboral que impide que los trabajadores más productivos se empleen en las actividades más eficientes, el monopolio estatal de comercio interior y exterior, la carencia de incentivos salariales y financieros de todo tipo y la falta de opciones en materia de viviendas, viajes y estilos de vida. Estas restricciones y muchas otras son las que representan el embargo interno, únicamente impuesto por Fidel Castro y que ni siquiera su hermano Raúl o el Partido Comunista son capaces de remover para mejorar la economía nacional. En la práctica, este embargo es muchas veces más restrictivo que el embargo americano y es la verdadera causa del declive de la economía cubana y de lo deplorable de su estado actual.

Por qué ambos lados de la controversia ignoran este hecho en sus respectivos análisis es inconcebible. Como decimos en Cuba, “se cae de la mata” que no es lógico discutir seriamente las alternativas sobre el embargo americano sin reconocer el interno. ¿Por qué? Porque levantar el americano unilateralmente sin levantar el interno no tendría el impacto que sus proponentes indican, ya que el gobierno cubano controla todo lo que se hace en Cuba y serían sus miembros los principales beneficiarios de tal levantamiento sin garantía de que la ciudadanía se beneficiara. O sea, la más elemental lógica sugeriría que un levantamiento unilateral del embargo de EEUU fortalecería al monopolio estatal del gobierno cubano dejando a los cubanos fuera del juego.

Pero ¿qué razones tienen los que se oponen a levantar el embargo americano para desconocer este argumento y así fortalecer los suyos? ¿Acaso no se dan cuenta de que a la larga el atrincherarse en una posición extrema que mantiene el estancamiento actual puede resultar en una derrota estratégica frente a la dictadura? El mal manejo del caso de Elián González y la incapacidad colectiva para el pensamiento estratégico le regaló a Fidel Castro una victoria que no merecía, mientras nos dejaba a los cubanos con una derrota que no necesitábamos.

Independientemente de lo que digan unas encuestas recientes o de lo que queremos creer sobre ellas, es fácil razonar a priori que la composición del exilio cubano en EEUU está cambiando por la evolución vegetativa natural que impone la demografía. La proporción de cubanos exilados que llegaron después de la primera gran cohorte de los sesenta está creciendo, mientras que la de los cubanos que representan el segmento más militante y opuesto al castrismo va disminuyendo. Aunque no nos guste, esta tendencia es inexorable. Esto significa que aumenta el riesgo de que en un futuro cada vez más cercano se derrumbe la oposición al mantenimiento actual del embargo americano y nos quedemos sin nada si no existe una estrategia alternativa a las dos extremas que hoy se proponen. Los Castro (con supuestas reformas raulistas o sin ellas) se habrían salido con la suya porque nosotros, los de la generación más comprometida contra ellos no fuimos capaces de formular una estrategia que los forzara a hacer importantes concesiones internas. Esta sería la última derrota del exilio, pero sería una peor para nuestros compatriotas residentes en la isla y para las nuevas generaciones que nos recordarían por nuestra incapacidad de sentarnos a razonar con calma las estrategias a seguir hacia un futuro mejor para Cuba.

Miami, 4 de diciembre de 2008